

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 6 DE AGOSTO DE 1896

NÚM. 298

DOÑA JUANA LA LOCA

¿Quién no conoce la conmovedora historia de la desventurada esposa de Felipe el Hermoso?

Tamayo lo ha inmortalizado en uno de sus mejores dramas; Pradilla en un lienzo, reproducción del cual es el grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores en esta primera página de LA SAETA.



Representa este famoso cuadro la lúgubre odisea de una demente de amor, peregrinando en compañía de un muerto, al través de las áridas llanuras y los yermos despoblados de la tierra castellana.

Muchos meses duró la fúnebre peregrinación, caminando de noche, «porque no deben ser vistas las viudas», cuando logró el Rey Católico que Juana se asentase en Tordesillas, y concluyese aquel viaje fantástico y horrendo, digno de las baladas de Bürger. La reina se alojó en el palacio, — que no existe ya, — y el cuerpo de Felipe halló descanso en la iglesia del monasterio de las Claras. Bajo las caladas bóvedas de oro del señorial convento se alzó el túmulo, de modo que la reina pudiese verlo desde sus ventanas.

Cuadro de PRADILLA.

DE VERANEIO

Ya sabrán ustedes que todas las personas algo importantes de Barcelona se han ido á veranear.

Y han adoptado semejante resolución por muchísimas razones.

La primera porque

Las cabras de Juan Pandero
todas van por un sendero.

Y las personas importantes de Barcelona como las de otros muchísimos puntos y como una infinidad de las que sin ser importantes se figuran serlo, hacen el papel de cabras de Juanito el de la Pandereta en eso de imitarse los unos á los otros y *vice versa*.

—Ya ves, ayer se ha marchado á sus posesiones de Caldas de Malavella el conocido fabricante don Serapio Cotó Fluix con toda su distinguida familia, según dice *El Noticiero*.

—Y tiene razón; á toda la familia de don Serapio se la distingue desde lejos, pues hasta la niña menor, que aun no ha cumplido once años, llega ya á la talla y sus papas parecen los gigantes del Ayuntamiento.

—Es que además, añade, que el consecuente quebrado don Aniceto Timó Lamar ha salido para San Hilario Sacalm también con toda su familia y un par...

—¿De bestias y de aves de cada especie?

—No seas rústico, Torcuato; «y un par de baules mundos con la ropa de etiqueta para los bailes y fiestas que se van á dar en aquel imperio de la buena sociedad.»

—¿Qué es eso de imperio!

—Bueno: emporio, que es lo mismo.

—Pues me alegro mucho.

—Y mira el final del suelto.

—Trae, Petronila.

—No, si digo que lo oigas.

—No trabuques los sentidos corporales: una cosa es ver y otra oír.

—Oye: «Y finalmente todos los balnearios de la provincia y renaixensos adyacentes están llenos...»

—Sí, de agua..

—«de distinguidísimas...»

—Familias, entre las cuales merecen citarse las bellas y distinguidas señoras de... y los distinguidos y hermosos señores de... y las distinguiditas y guapitas señoritas de... etc., etc., etc., y otras muchas personas que el pudor, digo que la falta de memoria no nos permite enumerar.

—¡Hombre! ¡Cualquiera diría que has aprendido el suelto de memoria!

—No es eso, sino que conozco el *clisé*.

—Pues ya debes comprender que nosotros no podemos ser menos.

—Es claro: marido, mujer y un feto guardado en espíritu de vino desde hace seis meses que lo diste á la luz de una vela, al cabo de quince años de matrimonio.

—No seas bárbaro; quiero decir que nosotros también hemos de salir á fuera.

—Estoy conforme; vistete y te llevaré á la *Font del gat*.

—¡Jesús! ¡Qué hombre! ¡No me entenderás nunca!

—¡Ojalá fuese verdad eso! Lo malo es que te entiendo antes de que hables.

—¡Ay! Hijo: desde lo del feto estás insufrible.

—Naturalmente: creo que después de quince años de sudores y trabajos...

—No toquemos esa cuestión.

—Toquemos otra. Con lo único que yo no me resigno es con tocar á botasillas ó sea á marcharnos de aquí.

—¿De modo que te niegas á que imitemos á Cotó Fluix y á Timó Lamar y...

—Y á Fil de Palomar y á Lloro Mut y á todos los que van á darse pisto por ahí porque tienen cuartos ó porque no tienen vergüenza.

—¡Es que si no vamos á veranear, me moriré!

—Y si vamos también. ¡Pues no faltaba más sino que fueses inmortal!

—¡Torcuato! ¡Creo que te voy á tirar á la cabeza el frasco del feto!

—¡Ay! No, detente, Petronila. Esa débil muestra de...

ARTISTAS HERMOSAS



Mlle. Dubois.

—¡Que te lo tiro!...

—Basta: para que veas que quiero complacerte, estoy dispuesto á que vayamos á pasar el mes de Agosto á cualquier playa del extranjero: por ejemplo, á Badalona:

—Si no te alargas hasta Arenys de mar no me conformo.

—Corriente, arañémonos, digo, *arenyémonos*, y como los malos trenes pasarlos pronto, mañana mismo emprenderemos el viaje.

Y he aquí como los consortes Petronila y Torcuato, se fueron á *veranear* el día primero de los corrientes.

Llegaron á Arenys, en compañía del feto, al que llevaron consigo, menos por cariño que con el santo fin de que se fastidiase la Compañía transportando gratis á una persona *espirituada*, como decían ellos.

Se instalaron modestamente, pues en recursos y en todo eran modestos, menos en pretensiones.

Alquilaron una habitación en una casa de huéspedes donde les dieron de comer con la esplendidez correspondiente á tres pesetas diarias por matrimonio.

Se bañaron tres ó cuatro días con tantas comodidades como las que aquí se disfrutan en la *mar vella*, no porque allí no las haya ó pueda haberlas, sino porque, como en todas partes, cuestan dinero.

Y como ayer, día cinco, advirtieron que iban adelgazando y que tenían los respectivos rostros acribillados de picaduras de cínifes, han vuelto hoy de prisa y corriendo á la ciudad condal.

Así y todo, don Torcuato asegura que el veraneo le ha costado perder el fruto del trabajo de quince años.

¡Cómo no lo diga porque, al día siguiente de su llegada á Arenys se dejó destapado el frasco del espíritu de vino y los mosquitos se comieron el feto!...

BLAS QUITO.



LA LÁMPARA DE LA TORRE

Pueblo fué del condado de Bigorre
(O Bigorra, es igual) uno en que había
Ruinoso templo con fornida torre,
Que dos leguas en torno se veía.
Una lámpara ardía
Toda la noche en ella
Delante de una bella
Imagen de María,
Y en su seno sin mancha, recogido
El Niño Dios en el portal nacido.
Siempre que un aldeano
De los de allí la torre descubría,
Reverente á la Virgen saludaba,
Y al fruto de su vientre bendecía.
Para un país lejano
Sale del pueblo aquel el joven Pío;
Y al ver la torre por la vez postrera,
Levantando en el aire la montera,
Con lágrimas de fe grita devoto:
«¡Niño de omnipotente poderio!
¡Madre del desterrado!
Regid mis plantas: en los dos confío,»
Vase á país remoto,
Vuelve de años cargado
(Cincuenta por lo menos han pasado)
La noche le sorprende en el camino,
La luz al cabo de la torre brilla,
Y Pío descabalgá y se arrodilla,
Y del favor divino
Reconoce el poder. ¡Harto bien puso
Joven la confianza!
Hijo y Madre cumplieron su esperanza.

Con aquel espectáculo, confuso
El guía del viajero, le pregunta
Por qué se apea y llora,
Y se descubre, se arrodilla y ora.—
«Es porque allí despunta
La luz del campanario
Que á su Patrona enciende el pueblo mío:
La Virgen de Noel, nuestra Señora.
—Mudó ya de parroquia el vecindario;
La tiene junto al río:
La vieja se cayó, la torre queda;
Y la Virgen (pues esto
De santo en calle con razón se veda)
Logra en la parroquial más digno puesto.
La luz que asoma allí (por de contado
Mayor que la que hubo),
Es un reloj, al que ilumina un tubo
Del nuevo gas de pringue de pescado;
Y (como usted repara)
La torre del lugar se ve más clara,»
El buen anciano aquí, dos veces Pío,
Con expresión de lástima y desvío
Replicó, meneando la cabeza:
«Se ve más claro, sí; mas no se reza.»
La imagen del que vive y nunca pasa
Quitáis de las alturas,
Y ¡máquina ponéis que el tiempo tasa,
Dado á las criaturas!
«Para cebar la luz que miro enfrente,
Den tierra y mar despojos;
Pero dejad la de Belén patente.
Y alúmbrenos el alma por los ojos.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

BELLAS ARTES



UN ERUDITO, por Grützner.

EL ENFERMO

(HISTÓRICO)

Tomé asiento en un coche de primera, en el expreso que se dirigía de Barcelona á San Sebastián.

Mis compañeros de viaje, gente pudiente y de buen humor, que huían de los calores caniculares que achicharran en el mes de Agosto á los descendientes de Wifredo, iban en busca de las frescas brisas del Cantábrico.

Como nota discordante en medio de aquel cuadro de atropellada locuacidad, en que las conversaciones eran tan variadas, como distintos los paisajes que sobre el camino de hierro cruzaba el monstruo de la civilización, iba un caballero acompañado de su ama de llaves, cuyas dos fisonomías se complementaban en su expresión. La primera revelaba el disgusto, la comezón del malestar; la segunda la exquisita amabilidad de la complacencia, tratando de satisfacer hasta los menores caprichos de su señor, interpretados no por la expresión de la frase, sino por el lenguaje mudo de la mirada del mismo, que impaciente se dirigía de uno á otro lado.

¡Era un enfermo!

La confianza, como ocurre en todo viaje y en nuestro temperamento español, pronto tomó allí carta de naturaleza, y espontáneamente surgió entre el enfermo y yo, como más inmediatos, el trato amistoso. A ello contribuyó en no pequeña parte, el estado excepcional de mi compañero de viaje.

—¡Está enfermo!—pensaba yo.—¡En lo mejor de su vida la naturaleza se lo impone, le domina, quizá le aniquila, y todos impotentes los hijos de la ciencia médica, como impotente su farmacopea, han pronunciado su fallo, que en sí lleva la sentencia de muerte!—Hoy se dirige á San Sebastián; ¡quizá mañana vaya en dirección al cementerio!

Sólo un problema difícil de descifrar bullía en mi cerebro y hacía sumir al mismo en insistentes reflexiones.

Está enfermo: se queja de continuo: en el asiento se revuelve con frecuencia delatando su malestar, y no obstante, su complexión es fornida, su entonación viril, sus movimientos desembarazados, y su cara tiene el aspecto y el colorido del hombre más robusto de los cantones de Suiza.

—¿Qué enfermedad será la de mi compañero de viaje?

Llegado que hubimos á Manresa, su ama de llaves saltó al andén de la estación, y á los pocos minutos volvió con dos hermosas tortillas de hierbas de las allí afamadas, acompañadas de dos panecillos, que mis vecinos comieron con excelente apetito y que salpicaron con algunos sorbos de vino tinto; refrigerio ó *tente en pie*—como ellos decían—que les permitiría ponerse en buenas condiciones de recibir la cena.

Mi buen deseo, ó tal vez mis ribetes de hombre de sentimientos humanitarios, me hizo sentir cierta alegría y refocilarme en gozoso bienestar, como si aquel alimento hubiera prestado fuerzas á mi estómago.—¡Quién sabe!... El cambio de aires, la variación de trato de gentes, el abandono y la abstención por una temporada de los negocios, quizá permitan á este hombre recobrar fuerzas perdidas, y el organismo por sí solo triunfe del mal que no supieron ó no pudieron atajar los doctores.

En estos y otros razonamientos de análoga reflexión, llegamos á Lérida, y la enfermera de mi protagonista, abriendo una bien repleta cesta de mimbres, propia para la conducción de viandas, sirvió una cena adecuada á la fuerza digestiva del estómago de un elefante.

Componía el menú un buen trozo de carne mechada, langostinos, pollo asado, salchichón de Vich, una lata de sardinas (cuyas espinas no fueron desperdiciadas), galletas inglesas, queso de bola y melocotones.

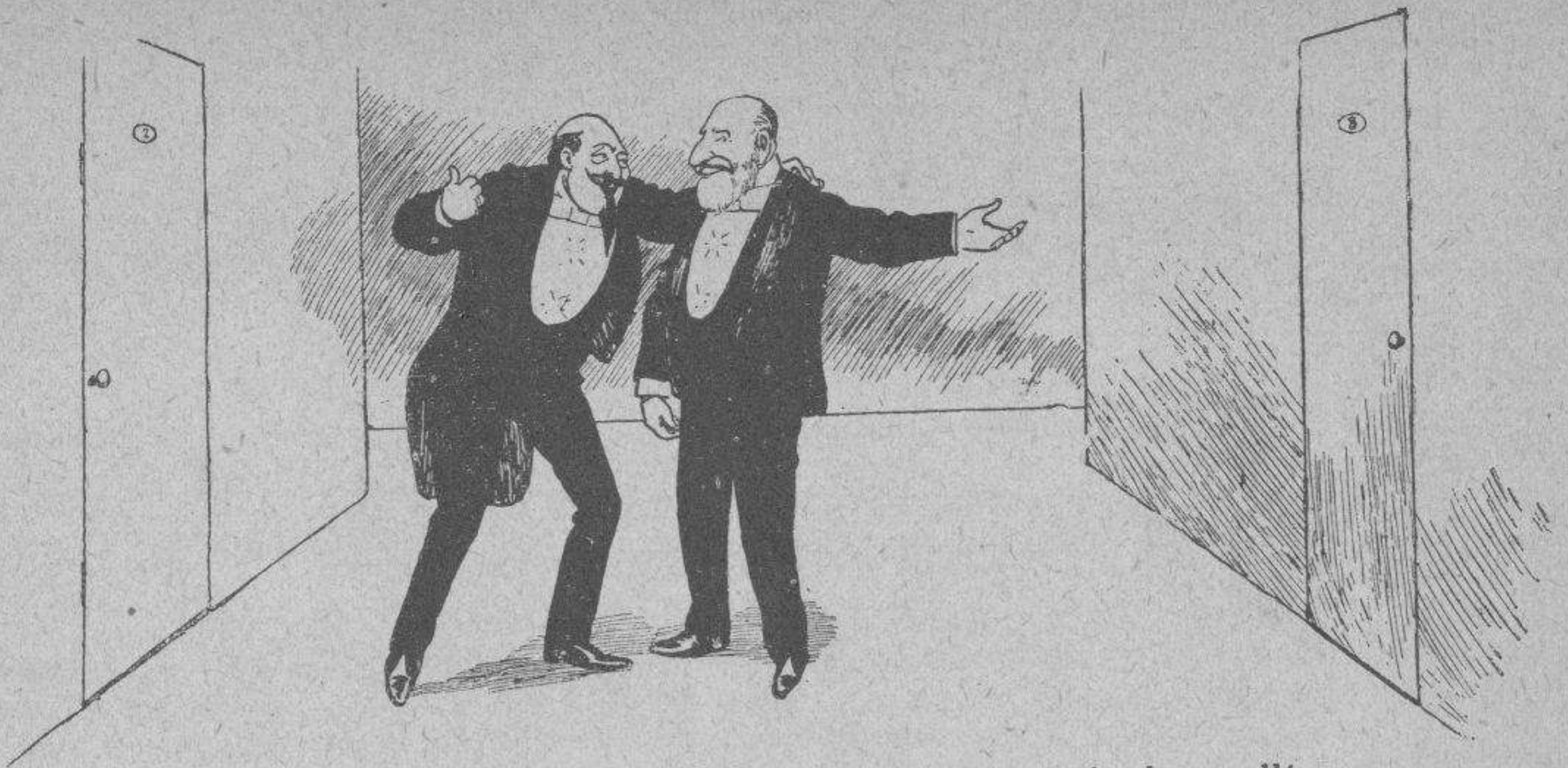
—Pero ¡Dios mío! ¿qué enfermedad será la de este buen señor?

La conversación se había desarrollado en condiciones tales, que nunca hallé una oportunidad para preguntarle por su dolencia, y lo que en un principio inspiró el impulso humanitario, terminó por verdadera curiosidad, dispuesto á descifrar á toda costa.

La noche había cerrado por completo, y cada cual á sus posibles y manera, buscó el modo de entregarse al sueño, siquiera fuese engañosamente. Sólo dos viajeros renunciaron á tal ficción: el enfermo y yo, cuya excitación nerviosa por el afán de continuar el proceso de mis indagaciones, no me permitía cerrar los párpados.

Los resultados no fueron infructuosos. A la llegada á Zaragoza, el enfermo corrió á la fonda, y en los 10 minutos de descanso, pude verle devorar, con fruición, un panecillo tapizado de manteca, sumergido en trozos en ancha taza de café con leche.

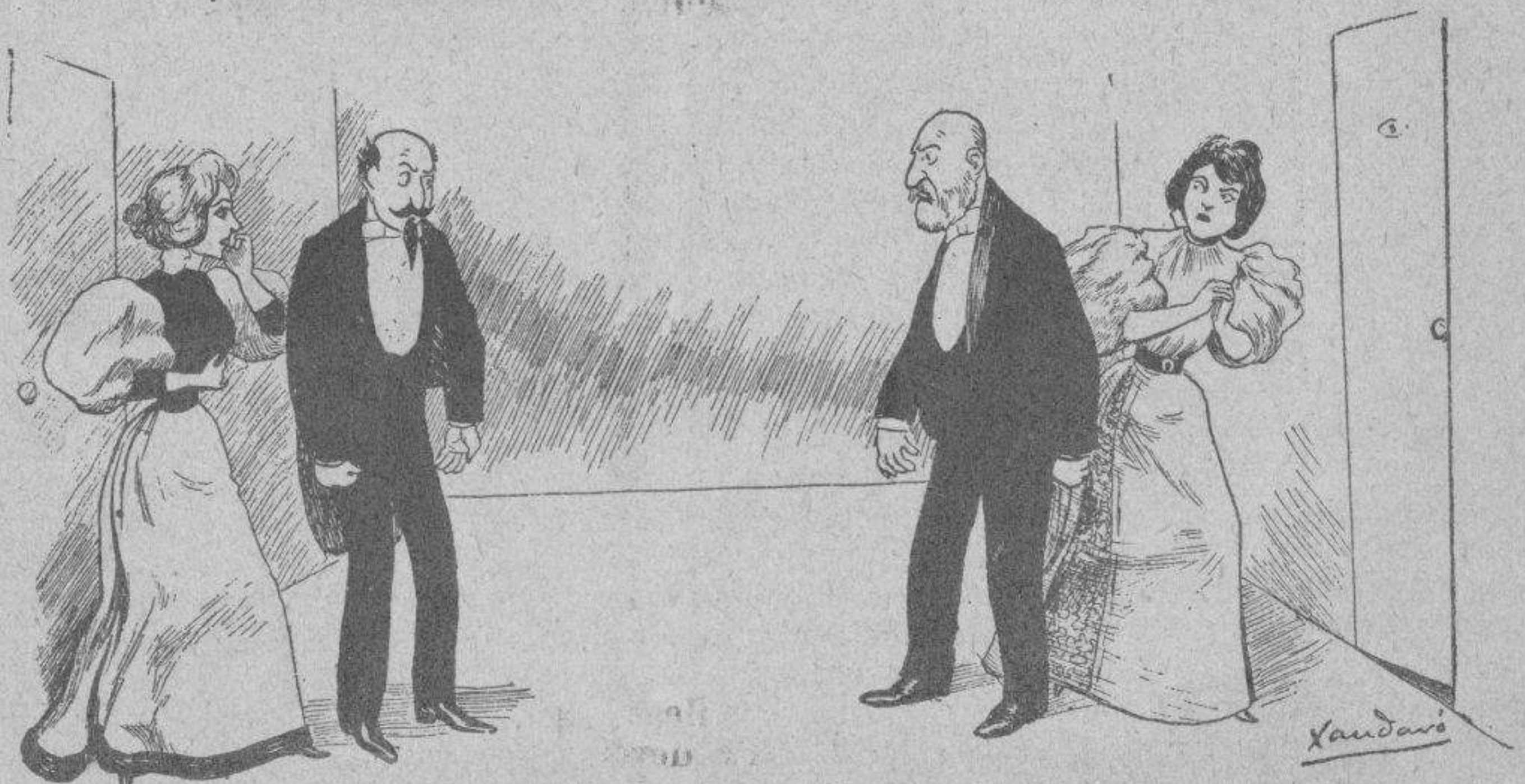
Volvió el tren á ponerse en marcha. Apenas habíamos hecho unos 10 kilómetros de recorri-



— Yo he venido á echar una cana al aire con una mujer hasta allí.
— Pues yo lo mismo.
— ¡Calaveras! ¡Si nos vieran nuestras esposas!



— ¡Bien pensado! Voy á buscar mi pareja y comeremos juntos.
— Y yo voy por la mía.
— ¡Viva el tiberio!



Ellos: ¡.....!
Ellas: ¡.....!



Dibujo original de GÓMEZ SOLER.

EL GUANTE

(Véase la poesía del mismo título al dorso.)

do, mi hombre incomprensible llamó á su ama de llaves y la pidió el frasco del anís del mono, de cuyo licor se tomó una porción, que seguramente hubiera doblado la cabida de las copas que sirven en todos los Cafés y Restaurantes.

—¿Qué enfermedad será la de este buen hombre?—seguía yo preguntándome, á la par que sumaba in mente *las tortillas de Manresa, la carne mechada, langostinos, pollo, salchichón, sardinas, galletas, queso y melocotones de Lérida; el café con bollo y manteca de Zaragoza y la copa doble de anís del mono.*

El tren entró en las agujas de la estación de Castejón, punto en que había de tomar el paciente la línea que conduce á Bilbao. Se incorporó, recogió sus útiles, *sin olvidar la cesta de viandas*, y después de la despedida de rúbrica en semejantes casos, corrió á la fonda á repetir la misma operación del café con leche y pan con manteca de Zaragoza, si bien antes me atreví, en obsequio á mi curiosidad, á dirigirle la siguiente pregunta:

—¿Tendría usted inconveniente en decirme cuál es la enfermedad que usted sufre?

—¿Por qué no?—replicó mi hombre. —Padezco horriblemente... ¡del estómago!

JULIO DE LAS CUEVAS.

EL GUANTE

(SCHILLER.)

En los estrados del circo,
Do luchan monstruos deformes,
Sentado el monarca augusto
Está con toda su corte.
Los magnates le rodean,
Y en los más altos balcones
Forman doncellas y damas
Fresca guirnalda de flores.

La diestra extiende el monarca,
Ábrese puerta de bronce,
Y rojo león avanza
Con paso tranquilo y noble.
En los henchidos estrados
Clava los ojos feroces,
Abre las sangrientas fauces,
Sacude la erin indócil,
Y en la polvorosa arena
Tiende su pesada mole.

La diestra extiende el monarca,
Rechinan los férreos goznes
De otra puerta, y ágil tigre
Salta al palenque veloce.
Ruge al ver la noble fiera
Que en el circo precedióle,
Muestra la roja garganta,
Agita la cola móvil,
Gira del rival en torno,
Todo el redondel recorre,
Y aproximándose lento
Con rugido desacorde,
Hace lecho de la arena
Do yace el rey de los bosques.

La diestra extiende el monarca:
Se abre al punto puerta doble,
Y aparecen dos panteras
Tintas en rubios colores.
Ven tendido al regio tigre,
Y en su contra raudas corren;

Mas el león da un rugido,
Y medrosos ó traidores
Los pintados brutos páranse
Y á sus pies tiéndense inmóviles.

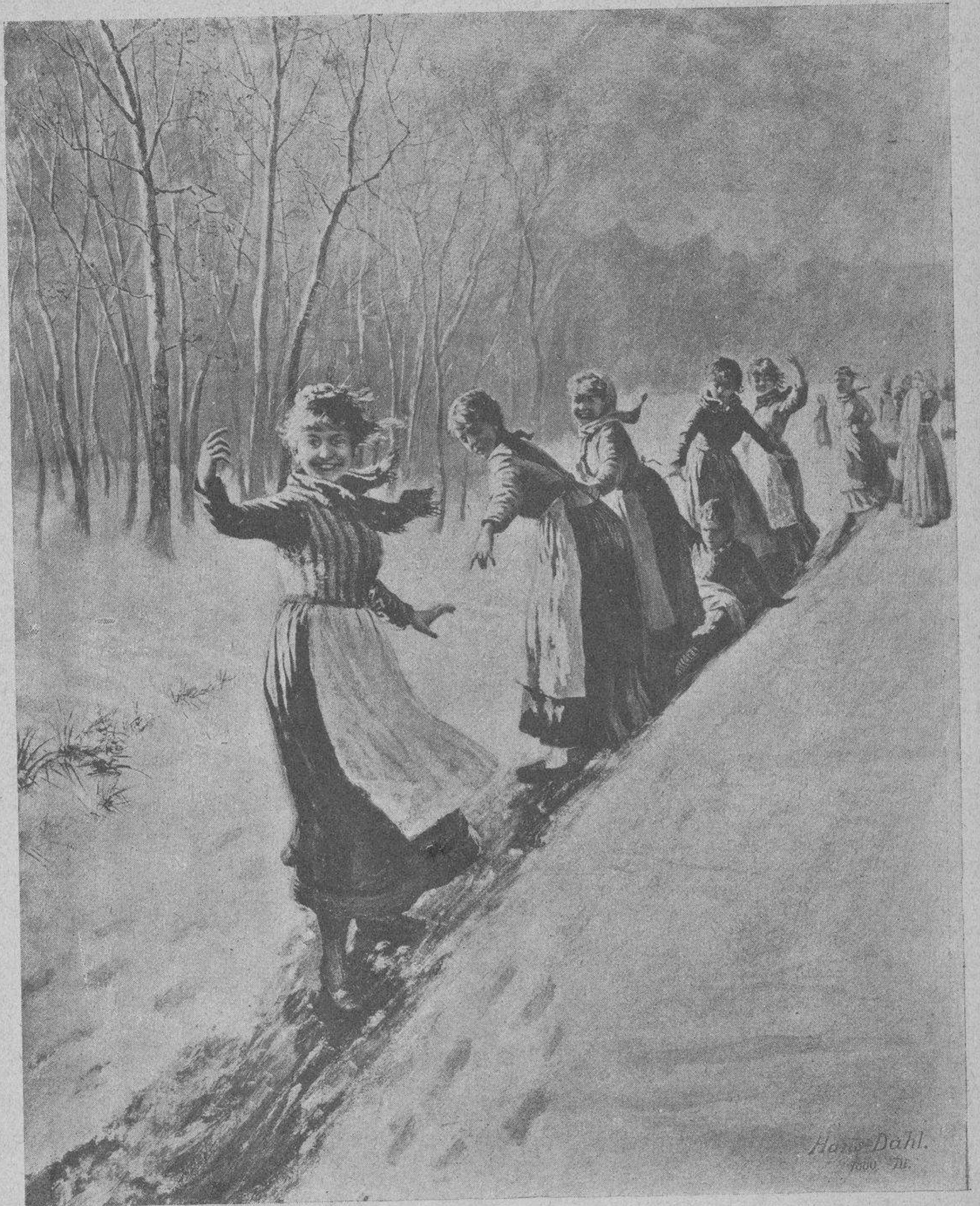
Desde el alta galería
Blanco guante al sitio donde
Las terribles fieras yacen,
Revolando cayó entonces;
Y la bella Cunigunda,
La más bella de la corte,
A un gallardo caballero
Le decia estas razones:
«Si vuestro amor es tan grande
Cual me juráis día y noche,
Recoged el blanco guante
Como á un galán corresponde.»

Silencioso el caballero
Con altivo y audaz porte,
Desciende á la ardiente arena,
Teatro de mil horrores;
Avanza con firme paso
Hacia los monstruos feroces,
Y con temeraria mano
El blanco guante recoge.

Voz de júbilo y asombro
Los callados aires rompe,
Y damas y caballeros
Aplauden al audaz joven.
Ya sube al lucido estrado,
Ya está en los altos balcones,
Ya se dirige á la bella,
Ya con ojos seductores,
Cunigunda le promete
De amor los supremos goces;
Mas el altivo mancebo
Grita: «guarda tus favores;»
El guante al rostro le arroja,
Y huye de ella y de la corte.

TEODORO LLORENTE

BELLAS ARTES



GLISSADE, por Hans Dahl.

BELLAS ARTES



MARÍA MAGDALENA, por F. Masriera.

PERFILES



y Bonos



conozco ni un político que para defender sus teorías no se apoye en la salud del pueblo. Sobre todo los partidos avanzados, los que se llaman á sí mismos partidarios del progreso y de la libertad.



¡Ah! éstos siempre hablan de la injusticia de los grandes y de los reyes, de los crímenes del despotismo, de la barbarie de los tiranos.

Y se me ocurre preguntar á mí:

¿Y el pueblo, no ha sido nunca tirano, déspota ni bárbaro?

¿Acaso están vinculadas en él todas las virtudes, toda la sabiduría, toda la justicia?

¿Acaso no ha cometido nunca grandes crímenes, ni ha hecho sentir nunca el despotismo de la fuerza bruta?

¿Siempre ha sido víctima?

¿Jamás ha sido verdugo?

Convengo en que adular á los tiranos es una bajeza indigna de todo hombre superior.

Pero ¿acaso el pueblo no es también un tirano á su modo?

En los primeros siglos del Cristianismo, el pueblo perseguía con inicuo furor á los adoradores de Cristo y en defensa de sus impuros dioses los arrastraba al martirio.

La virgen casta era escarnecida y entregada al furor de las masas que abusaban de su honestidad hasta el inconcebible extremo de verla expirar en sus impuros brazos.

Los ancianos más venerables eran apedreados, mutilados, atormentados y muertos en macabras bacanales.

En los caminos, al lado de las fuentes, en el umbral de las casas y de los edificios se colocaba la cruz para descubrir cristianos en los que evitaban pisarlas.

¡Horroriza la ferocidad de aquel pueblo pagano!

Algunos siglos más tarde el pueblo cristiano de nuestra España, entraba en las juderías y pasaba á degüello á sus moradores; viejos, niños y mujeres. Se apoderaba de sus tesoros y abusaba de su debilidad en todas formas.

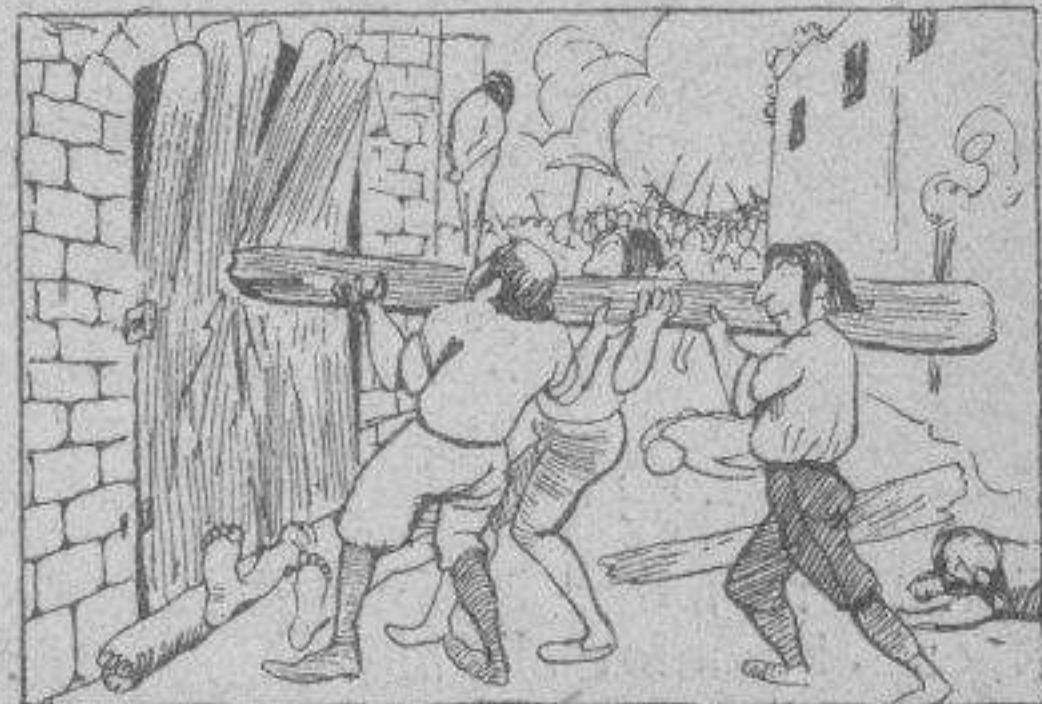
Cuantos esfuerzos hicieron reyes y sacerdotes para evitar estos desmanes fueron inútiles.

El pueblo acabó por pedir, por exigir, más bien, el establecimiento de la inquisición (porque fué el pueblo quien lo pidió), á los Reyes Católicos, quienes después de algunas vacilaciones y consultas á Roma se vieron obligados á dar gusto al gran tirano

El Santo Tribunal fué una garantía contra los atropellos que sufrían los judíos.

El pueblo, en tiempo de Fernando VII gritaba por las calles: ¡Vivan las caenas! ¡Muera la libertad!

Y el año 1835 incendiaba los conventos, asesinaba





fueron atroces; emplearon la fusilería y la metralla. Quisieron arrasarse la ciudad habiendo fanáticos que, en cumplimiento de la orden, principiaron a destruir casas, y sino tuvieron tiempo bastante para consumir su rabia de destrucción, en cambio les sobró para hacer víctimas, pues del 4 de Diciembre de 1793 al 6 de Abril de 1794, las sentencias de muerte llegaron a 1,682.

Para saciar la sed de sangre de aquel pueblo desenfrenado Robespierre dictó la ley de 22 Pradial, en cuya virtud el tribunal podía trabajar más de prisa, suprimiendo hasta la sombra de las formas legales. Las hornadas del tribunal revolucionario eran cada día más numerosas y hasta se suprimieron los defensores de oficio. Notificaban el acta de acusación a las 10 de la mañana para que compareciera a las 11 ó las 12 ante el tribunal; a las dos estaba juzgado y ejecutado a las cuatro.

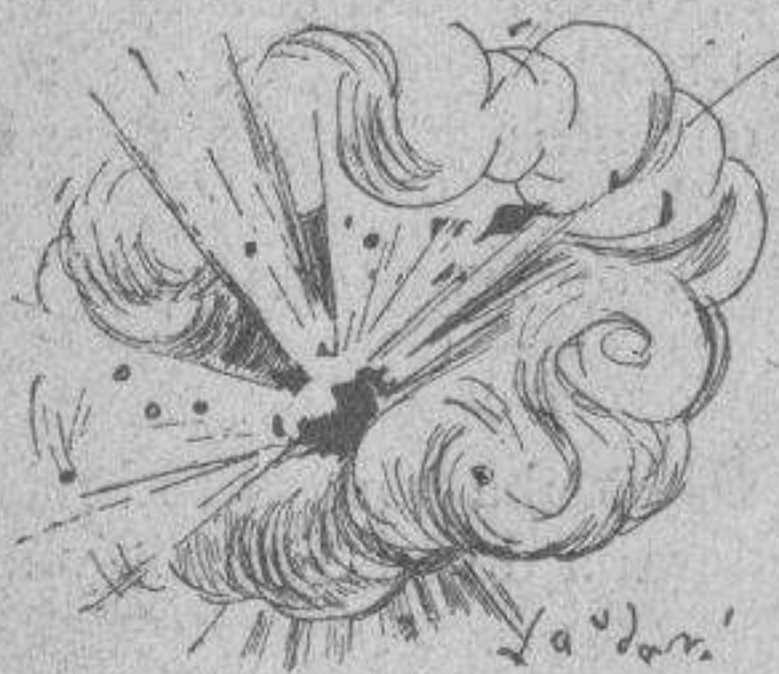
La joven esposa de Camilo Desmoulins, culpable de haber dado vueltas en torno de la prisión del Luxemburgo para ver a su marido, fué sacrificada con otras muchas víctimas de delitos por el estilo.

Camilo Desmoulins había sido el iniciador de la revolución.

¿Y la crueldad de las ejecuciones?

Se había levantado el patíbulo en el Campo de Marte, para dar muerte a Bailly, el primer defensor del pueblo, anciano respetable, noble, honrado y sabio autor de la *Historia de la Astronomía* y las *Cartas sobre la Atlántida*.

Una turba de hombres furiosos rodeó el cadalso gritando que no se podía ensuciar el Campo de Marte con la sangre de un culpable como aquél, y exigieron que se desmontara el tablado y lo reedificaron pieza por pieza en uno de los fosos. Bailly debió asistir a aquella obra, sufriendo una lluvia de Noviembre, «¡Tiemblas!» le dijo uno de sus verdugos. «No, respondió Bailly, tengo frío.» Antes de morir tuvo que sufrir insultos, golpes, mofas y escarnios.



Sería necesario un libro para señalar solamente los hechos tiránicos y bárbaros del pueblo en todos los países.

Y si los aduladores de su poder; si los que aspiran a medrar a su costa; si los que hacen con él lo que los favoritos con los déspotas para conservar su privanza, siguen envenenándole con falaces enseñanzas, criminales consejos y halagos infames, sólo Dios sabe lo que nos espera.

VICENTE SUÁREZ CASAÑ

Dibujos de XAUDARÓ.

CANTARES

Ayer sudé por ganar
Lo que hoy me causa desgana,
Y hoy sudo por alcanzar,
Lo que me aburra mañana.

Llorar de placer se suele,
Y es que en nuestro corazón
Hay siempre una vibración
Que, aun con el placer, nos duele.

Si entre no haber sido y ser
Hubiera el hombre elegido,
Claro es que hubiera escogido
El no poder escoger.

Después que ya se ha agotado
Todo humano sufrimiento,
Siempre hay un nuevo tormento
Para un viejo atormentado.

Piensa con ojos serenos
Cómo y cuándo morirás;
Que siendo el morir lo más,
El cómo y cuándo es lo menos.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

ARTISTAS HERMOSAS



Mlle. Cassive.

MISCELANEA

Obediencia absoluta.

Una señora con pretensiones de distinguida, acaba de tomar á su servicio á una lugareña recién llegada del campo, la cual le entrega una carta.

—¿Cómo es eso? ¿No sabe usted que las cosas se presentan en una bandeja? No lo olvide usted para lo sucesivo.

Al cabo de dos horas la señora oye ruido en la cocina, y después de llamar á la muchacha, le pregunta:

—¿Con quién está usted charlando?

—Con una prima mía que ha venido á Madrid á colocarse.

—Preséntemela usted.

—De eso estaba hablando; pero no ha querido hacerme caso.

—¿Es orgullosa?

—No, señora, pero se niega en absoluto á colocarse en la bandeja.

En una fonda de San Sebastián:

—¿Cómo? ¡Por una buhardilla cuatro duros diarios!

—Es la mejor habitación de la casa. Aquí no hay peligro, por altas que sean las mareas.

En una reunión de amigos tratábase del alto precio que había llegado el calzado.

—No estoy conforme con usted,—dijo uno de los allí reunidos.—Miren esta bota. ¿Está bien hecha? ¡Sí! Pues 30 reales es su precio.

Todos se alarmaron al ver aquella baratura. Pero sacando el otro pie, al poco tiempo decía:

—Esta otra, otros 30.

Preguntáronle á uno:

—¿Te gusta Puerto Rico?

—¡Mucho!—respondió.

—¿Por qué?

—Porque es un país donde todo tiene color; por ejemplo: allí el criado es *negro*, el vómito es *negro* también; la fiebre es *amarilla*... ¡Un país de brillantísimos colores!

Un gran señor puso en su testamento la siguiente cláusula:

«Nada dejo á mi mayordomo, porque hace dieciocho años que me sirve.»

Un hambriento cesante hablaba con su novia, que vivía en un piso segundo. Una noche

en que le dominaba el dolor de estómago, tuvo la idea feliz de pedir á su adorada un alfiler, no sabemos con que pretexto.

Al irselo á arrojar, se le ocurrió que al caer se le perdería en el suelo.

Pero todo lo arregló Ramón, diciendo á Consuelo que se lo echara, sí, pero clavado en un panecillo.

Se acusaba un criado delante del confesor de haber abusado de la confianza de su amo, fumándose una rica breva, de dos que había hallado sobre la mesa de noche.

—Esa es una falta que es necesario corregir á todo trance,—díjole el sacerdote,—arrodíllate delante del altar de san Cayetano y reza dos credos como penitencia.

—Padre, ¿quiere usted que rece cuatro y que me fume la otra breva cuando vaya á casa?

En una escuela:

El maestro explica al más torpe de sus discípulos la posición de los cuatro puntos cardinales.

—Vamos á ver: á tu derecha está el Norte, á tu izquierda el Sur, ¿qué es lo que tienes delante?

—Las narices.

Medio económico para cazar liebres, conejos, etc., etc.

Una vez encontrada la pieza, se le dice de pronto:—*Tu papá ha muerto, ó tu compañera te engaña*.—Entonces al recibir la noticia el animalito cae al suelo víctima de un pernequeque, y cuando vuelve en sí, se encuentra encerrado en el morral del cazador.



LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Propietario:
Pedro Motilba.

Director:
V. Suárez Casañ.

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Semestre..	5 ptas.
Año.	8 »
Extranjero y Ultramar.	15 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Imprenta LA ILUSTRACION, á cargo de Fidel Giró. Paseo de San Juan, 168 — Barcelona.